

Richardson para tomar su nombre en recuerdo de ellas, murió abandonado en la oscuridad y la miseria. Sin ser jóven ni hermoso como el coronel Lovelace, yo también me he visto encerrado.

Los gobiernos que desde 1800 á 1830 habían dominado en Francia, todos dispensaron alguna consideración hácia el servidor de las musas; Buonaparte, á quien atacé violentamente en el *Mercurio*, tuvo intención de matarme; levantó sobre mi cabeza la espada, pero no la descargó.

Un ministerio generoso, liberal, y compuesto en su mayor parte de poetas, escritores y periodistas, es el único que se creyó dispensado de toda consideración con su antiguo camarada, y decretó mi prisión.

La ratonera en que me metieron tenía mas de largo que de ancho, y su altura era siete ú ocho piés. En sus desnudas y mugrientas paredes, se leían versos é inscripciones puestas por los anteriores huéspedes. Un tablado cubierto con asquerosos paños, llenaba las tres cuartas partes de aquella vivienda, y una tabla sostenida por dos listones, colocada á dos piés de altura del tablado, en la pared, servía de guarda ropa. El resto del ajuar se componía de una silla, una mesa, y un barrilito destinado á infames usos.

A bastante altura del suelo había una ventana con fuertes barras de hierro, por entre las cuales poniéndome de pié en la mesa, podía yo respirar el aire libre, y tender las miradas fuera de la prisión. Desgraciadamente aun así no alcanzaba á ver desde aquel verdadero calabozo de ladrón, mas que un patio sombrío rodeado de altas y negras paredes, alrededor de las cuales andaban revoloteando los murciélagos. Con bastante frecuencia oía el sonido de las llaves y las cadenas, el crujir de las puertas y los cerrojos, la ingrata voz de los carceleros y espías, el paso de los soldados, el ruido de las armas, los gritos, las carcajadas, y los licenciosos cantares de los presos, y sobre todo los ahullidos de un tal Benito, condenado á muerte por asesino de su madre y de su obscuro amigo.

Entre las confusas exclamaciones que el terror y el arreptimiento arrancaban á este desgraciado, le oía muchas veces decir: ¡Ah! ¡madre mía! ¡Pobre madre mía!

De este modo empecé á ver el reverso de la sociedad, las llagas de la humanidad, y las hediondas máquinias que hacen mover el mundo tan hermoso á la vista cuando el telón cubre sus defectos.

No se me apareció el genio de mis grandezas pasadas, ni de mi gloria de treinta años de edad; pero mi musa de otros tiempos, tan pobre como desconocida de todo el mundo, vino radiante á abrazarme por la ventana: estaba encantada y llena de inspiración al verme en aquel sitio, al encontrarme como me había conocido en mi miseria de Londres, cuando los primeros sueños de René flotaban en mi cabeza.

¿Qué íbamos á hacer ahora la solitaria del Pindo yo? ¿Una canción á la manera de Lovelace? ¿Sobre qué asunto? ¿Sobre un rey? ¡No! La voz de un preso habría sido de mal agüero: del pié de los altares es de donde hay que elevar himnos á la desgracia. Además sería preciso ser un gran poeta para que el mundo le escuchara al decir.

«¡Oh tú, humilde objeto de las miradas del mundo, privado de las paternas miradas, recibe el homenaje solemne de mi profunda piedad! ¡Tú que has nacido en el sufrimiento, ¡ojalá puedas consolar el largo dolor de tu madre y de la Francia! (1)»

No canté pues, la corona caída de unas sienas inocentes, y me contenté con hablar de otra corona también blanca, puesta en el féretro de una jóven.

«Duermes, ¡oh pobre Elisa, tan ligera de años! No sientes ya ni el peso, ni el calor del día: Tus

(1) V. Hugo, *Odas y Baladas*.

auroras han pasado como las de una flor que se marchita al abrirse.»

El señor prefecto de policía, de cuyo procedimiento no puedo hablar sino con alabanza, me ofreció un asilo mejor así que supo el sitio de placer donde mis amigos de la libertad de imprenta habían tenido la bondad de alojarme, por haber hecho uso de aquella libertad. La ventana de mi nuevo recinto daba á un hermoso jardín. No cantaba en sus árboles el pardillo de Lovelace; pero en recompensa había una multitud de gorriones vivarachos, gárrulos, atrevidos y disputadores; en todas partes se encuentran, en el campo, en las calles, en las cornisas de una iglesia, en los aleros de la prisión... lo mismo se balancean sobre un instrumento de muerte que en las ramas de un rosal. ¿A quien puede volar, qué le importan los sufrimientos de la tierra?

No vivirá mi canción como la de Lovelace. Los partidarios de Jacobo no dejaron á la Inglaterra mas que el *God save the king*. La historia de la música de ese himno es singular; atribúyese á Lulli: las jóvenes de los coros de *Ester* cantaron en Saint-Cyr, el oído y el orgullo del gran rey con la armonía del *Domine salvum fac regem*. Los servidores de Jacobo llevaron esa magestuosa invocación á su patria, y la dirigían al Dios de los ejércitos cuando iban á combatir por su soberano desterrado. Los ingleses de la facción de Guillermo se admiraron de la hermosura de aquel canto de los leales, y se lo apropiaron. Quedó por consiguiente como patrimonio de la usurpación y del pueblo, que hoy sin saberlo repite un canto extranjero, el himno de los Estuardos, el cántico del derecho divino y de la legitimidad. ¿Cuánto tiempo seguirá aun la Inglaterra suplicando al Soberano de los hombres *salve al rey*? ¡Contad las revoluciones acumuladas en una docena de notas músicas que les sobreviven!

El *Domine salvum* del rito católico, es también un canto admirable; entonábanlo en griego durante el siglo X, cuando el emperador de Constantinopla se presentaba en el hipódromo. Del circo pasó á la Iglesia: otra época terminada.

PROSA.

TILLOTSON. — TEMPLE. — BURNET. — CLARENDON. — ALGERNON. — SIDNEY.

Con el reinado de Carlos II se consumó una revolución en el gusto y en el estilo de los escritores ingleses. Abandonando las tradiciones nacionales principiaron á tomar algo del carácter y regularidad de la literatura francesa. Carlos en sus correrías adquirió cierta inclinación á las costumbres extranjeras: Madama Enriqueta, hermana del rey; la duquesa de Portsmouth querida del mismo, Saint-Evremond, y el caballero de Grammont emigrados en Londres impusieron mas y mas la restauración de los Estuardos á la imitación de la corte de Luis XIV: la prosa ganó en ese movimiento recibido del exterior; pero la poesía perdió.

Tillotson purificó el lenguaje del púlpito sin elevarlo á la elocuencia. El caballero Temple fue el Ossat de Inglaterra; pero mas inferior á este eminente diplomático francés por sus miras y por el estilo de sus *Observaciones*, *Misceláneas* y *Memorias*. Loke se distinguió en la filosofía, y Hamilton, modelo de elegancia y de gracia en la literatura propiamente dicha; Shaftesbury, discípulo de Locke é hijo de un padre corrompido, figuró también en el mismo terreno, mereciendo elogios por parte de Voltaire sin duda por su comun animosidad contra la religión cristiana. Las obras de ese autor han sido reunidas con el título de *Characteristics of men*. Las ideas que en ellas dominan, además de estar expresadas en un estilo confuso,

han caído en el terreno de las vulgaridades por el continuo adelanto de los años.

Burnet escribió la historia de la reforma de Inglaterra de un modo parcial y caústico, pero interesante; su mayor gloria es haber sido refutado por Bossuet. Burnet era un solemne embrollador y faccioso á la manera de los partidarios de la *Fronde*: en sus Memorias no brilla el candor revolucionario de Witelocke, ni la exaltación republicana de Ludlow.

El nombre de Clarendon despierta el doble recuerdo de la ingratitud régia, y de la ingratitud popular. La *Historia de la rebelión* es una obra en que las huellas del talento desaparecen bajo la impresión de la virtud. Algunos retratos están vivamente iluminados; pero en general pertenecen al género fácil, en el que á cualquiera medianía le es dado sobresalir. El autor se está reflejando continuamente en sus cuadros: el lector se cansa de encontrar por todas partes su imagen.

Algernon Sidney creó el lenguaje político: sus *Discursos sobre el gobierno* han envejecido ya: Sidney es un gran nombre; pero no una gran celebridad. La muerte trágica del hijo del conde Leicester es el hecho aparente que dió cuerpo á los principios aun no definidos en la indeterminada oposición de los *wigs*. Dalrympe y después de él Mr. Mazure han demostrado los desatinos de Sidney: tenía la desgracia de recibir dinero del gabinete francés. Luis XIV hacia la mala jugada de derribar á Jacobo cuando creía que estaba poniendo en el trono á Carlos: la corrupción de su política llevaba en sí misma el castigo. En Bacon la integridad no corría parejas con la ciencia y en Sidney el desinterés no estaba al par de la firmeza. ¡Dios nos libre de triunfar de las miserias de que no se eximen las naturalezas mas elevadas! El cielo no da talentos ó virtudes sino con la pensión de flaquezas, especie de expiación ofrecida al vicio, á la tontería y á la envidia. Las debilidades de un hombre eminente son aquellas víctimas negras, negras pecudes, que la antigüedad sacrificaba á los dioses infernales, que nunca se dejaban llegar á desarmar.

La revolución de 1688 surgió del cadalso de Sidney en el vapor de la sangre del holocausto: hoy vuelve á caer el sangriento rocío, y la Inglaterra de 1688 va desapareciendo.

POESIA.

DRYDEN. — PRIOR. — WALTER. — BUCKINGHAM. — ROSCOMMON. — ROCHESTER. — SHAFTESBURY, ETC.

Parece una paradoja el afirmar que la poesía inglesa padeció por la invasión del gusto de la literatura francesa en el momento mismo en que Dryden apareció en la escena; pero sabido es que todo idioma que se despoja de su originalidad para entregarse á la imitación, se gasta, aunque sea perfeccionándose. ¡A que distancia Shakespeare y Milton, que en sus producciones procuraron ser siempre ingleses, no dejan detrás de sí á los Dryden!

El espíritu de la revolución del 1649 había sido la exaltación religiosa y la austeridad moral; el de la restauración del 1660 fue la indiferencia y el libertinaje. «Tú eres el súbdito mas pícaro de mi reino; decía Carlos II á Shaftesbury. — Así es, señor, respondió el cortesano: Vuestra Magestad no es súbdito.»

Tales reacciones son inevitables: la corrupción de la regencia vino en pos de la apatía de la última época del reinado de Luis XIV. Al salir del Terror, la impudicia fue completa: los cadáveres todavía cálidos ó palpitantes de los padres con sus cabezas al brazo ó á los piés, vieron bailar alegremente á sus hijos.

Dryden dió á la poesía el carácter normal que se echa de ver en todos los idiomas civilizados en que el arte sujeta á reglas á la naturaleza. Pope caracteriza el mérito de Dryden diciendo: «Dryden enseñó á

unir el metro variado, el verso lleno de armonía, el blando y magestuoso período y la energía divina.»

Este juicio revela que ha pasado ya enteramente el siglo libre del autor del *Macbeth* y ha llegado el siglo académico de Boileau.

Dryden es también el fundador de la crítica entre sus compatriotas: todavía son leídos con gusto sus dialógos sobre la poesía dramática. Treinta años trabajó para el teatro sin llegar á la animación de Shakespeare ni al patético tono de Otway. «Dryden que indisputablemente era un eminente ingenio, dice Voltaire, pone en la boca de sus héroes amorosos, hipérbolos retóricas, ó ideas indecorosas igualmente opuestas á la ternura.»

Shirley, Davenat, Otway, Congreve, Farquar, Cibber, Steele, Colman, Fook, Rowe, Addison, Moore, Aron-Hill, Sheridan, Coleridge, etc. componen la serie de poetas dramáticos hasta nuestros días. Tobin, Johanna Baillie y algunos otros han intentado resucitar el estilo y forma antigua del teatro.

Dryden como hombre fue miserable; Prior, jóven partidario de Orange atacó al viejo poeta que se había hecho católico y permanecía leal á sus antiguos dueños. El duque de Buckingham, ayudado de sus amigos compuso la linda comedia titulada la *Repetición (the Rehearsal)*, en la cual también se atacaba al autor de *Don Sebastian* y de la oda de la *Fiesta de Alejandro*. Buckingham se daba el parabien de haber causado perjuicio á la reputación de Dryden. ¿Será pues una envidiable felicidad el afligir á un hombre de talento y el arrebatarle parte de la gloria conquistada en fuerza de tantos trabajos, disgustos y sacrificios?

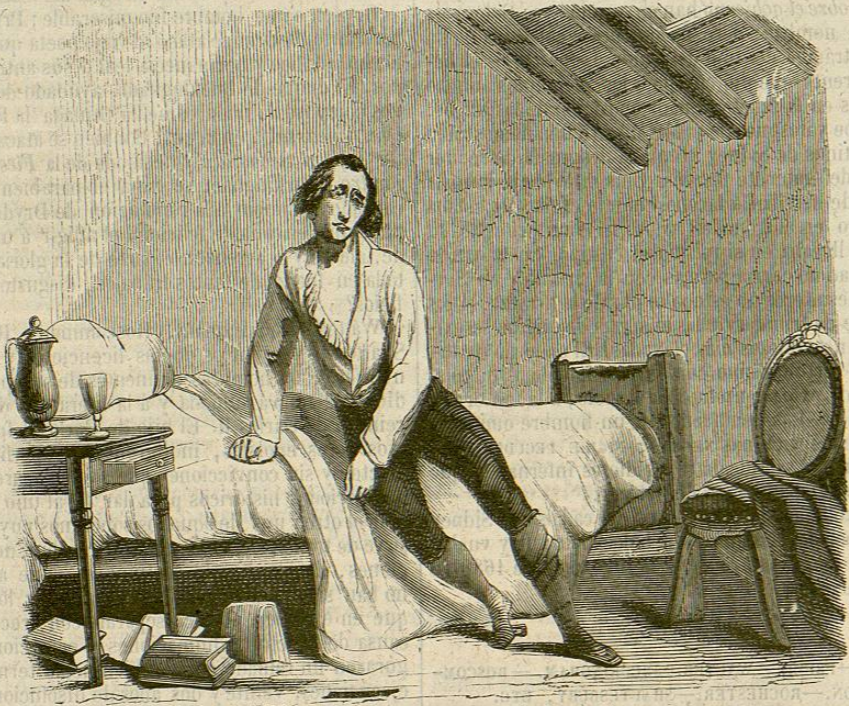
Walter, Buckingham, Roscommon, Rochester, Shaftesbury, y otros poetas licenciosos y satíricos, no fueron los hombres eminentes de su época, pero dieron el tono á la moda y á la literatura durante el reinado de Carlos II. El hijo de Carlos I fue uno de esos seres egoístas, indiferentes, superficiales sin afectos y sin convicciones que suelen aparecer entre dos períodos históricos para dar fin al uno y principiar el otro: uno de aquellos soberanos cuyo reinado sirve de transición á los grandes cambios de instituciones, de ideas y de costumbres, que al parecer no han sido creados mas que para llenar los huecos que en el orden político separan con frecuencia la causa del efecto. Exhumaciones y ejecuciones inauguraron un reinado que también debía terminar con ejecuciones. Veinte y dos años de disolución pasaron á la sombra del patíbulo, última época de placer á la manera de los Estuardos, y con toda la apariencia de una fúnebre orgía.

Sin embargo la libertad desconocida en tiempo de Jacobo I ensangrentada bajo Carlos I, deshonrada durante el reinado de Carlos II, y atacada bajo el cetro de Jacobo II se había conservado en las formas constitucionales y estas la transmitieron á la nación que continuó fecundando el suelo natal después de la expulsión de los Estuardos. Nunca pudieron los reyes de esta familia perdonar al pueblo inglés los males que les había causado, ni el pueblo tampoco pudo olvidar que ellos habían intentado arrebatarle sus derechos: de una y otra parte mediaban demasiados resentimientos y demasiadas ofensas. No existiendo punto ninguno de confianza recíproca siguieron contemplándose en silencio por espacio de algunos años. Las generaciones que habían padecido simultáneamente, se cansaron también á un mismo tiempo, y se resignaron á llegar juntas al término de su vida; pero las nuevas generaciones, que no sufrían ese cansancio, no alimentando ya enemistades, se creyeron dispensadas de contraer esas alianzas de la desgracia, apresuráronse á reclamar los frutos de la sangre y de las lágrimas de sus padres y desde entonces fue preciso decir adiós á las cosas del tiempo pasado.

Los escritores que acaban de nombrarse tenían todo lo necesario para brillar en el campamento de una noche de alto entre el reinado popular de Cromwell y el reinado de los parlamentos de Guillermo y sus sucesores. La servil cámara de los Diputados no existía ya mas que para dar muerte á los hombres de libertad que en otro tiempo le habían dado el poder; la monarquía por su parte también dejaba morir á sus mas ardientes servidores. El pueblo y el rey parecían abandonarse mutuamente para dejar el paso franco á la aristocracia: el patíbulo de Carlos I los esperaba para siempre.

BUTLER.—ESCRITORES ABANDONADOS.

Butler se presenta en primera línea como testigo acusador en el proceso de ingratitude intentado contra la memoria de Carlos II; este soberano sabia de memoria los versos del *Hudibras*, retrato de un Don



MUERTE DE CHATFIELD

cerca los personajes de la revolución de Cromwell, como siempre los había estado oyendo hablar de libertad, sin dejar por eso de presentar sus manos á todas las cadenas, y despues de haber sacrificado al padre, los veía por último encorvados bajo el yugo del hijo, se contentó con escribir en verso las aventuras de *Hudibras*.

A pesar de eso el asunto de este poema de Butler, en cuya composición tomó parte el primogénito del duque de Buckingham no es tan oportuno como el de la *Sátira Menipea*. Bien podía cualquiera reírse de la Liga á pesar de sus horrores y creer que las sátiras que sobre ella se escribieran tenían probabilidades de durar mucho tiempo, porque la Liga no era una revolución, sino simplemente una sedición de la cual ninguna ventaja podía prometerse el género humano. Los hombres de aquella larga sedición no fueron grandes, exceptuando á Mr. L' Hospital, mas que individualmente; no marcaron su paso por ninguna idea, por ningún principio, ni por ninguna institución política útil para la sociedad. La Liga asesinó á Enrique III, que era mas hipócrita que ella, y combatió á Enrique IV, que á su vez la venció y la compró.

Quijote político. Mucho le agradaba á una corte en que campeaban la disolución de Rochester, y la gracia de Grammont aquella sátira llena de entusiasmo contra los personajes de la revolución: sabido es que el ridículo es una especie de venganza para el uso de los cortesanos.

Cuando uno se coloca á distancia de los hechos, ó cuando no se ha vivido entre las facciones y los facciosos, no se siente afectado mas que de la parte grave y dolorosa de los acontecimientos; pero no le sucede eso al que como actor ó espectador se ha visto comprometido en medio de aquellas sangrientas escenas.

Tácito, que por naturaleza era poeta, habría tal vez bosquejado la sátira de Petronio, si hubiera ocupado un asiento en el senado de Neron; en vez de eso pintó la tiranía de este emperador porque vivió despues de él: Butler, dotado de un genio observador, acaso habría escrito la historia de Carlos I si hubiera nacido en tiempo de la reina Ana; pero como había visto de

Despues que desapareció, no dejó nada en pos de sí, ni tuvo mas eco que la *Fronda*, miserable pendencia sofocada por el absoluto poder de Luis XIV.

Pero las turbulencias de Inglaterra en 1649 eran de una condicion mucho mas seria: no se trataba del combate personal de algunos ambiciosos que se disputaban el supremo poder, sino de una lucha formal entre el pueblo y el rey, entre la monarquía y la república: el soberano fue solemnemente sentenciado y llevado al patíbulo; ¿y por quién? Nada menos que por un Cromwell, supremo caudillo del pueblo.

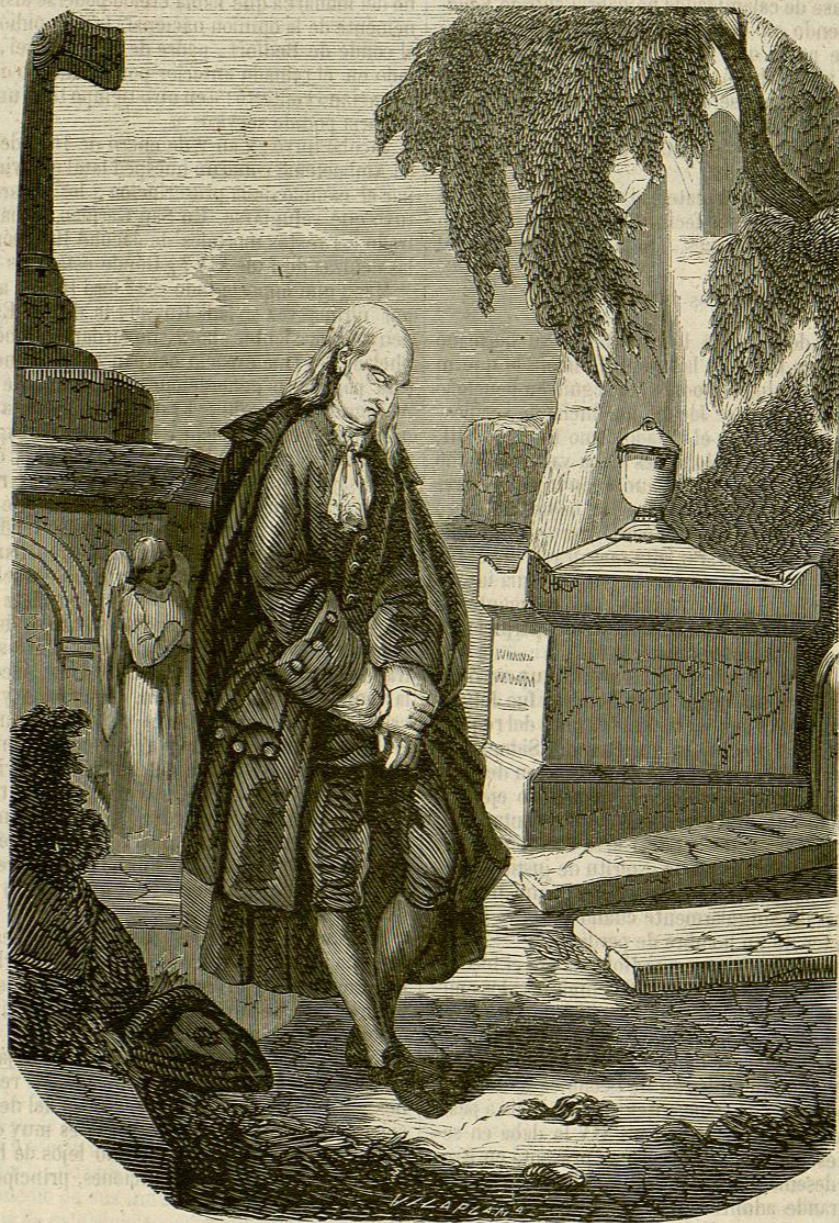
La dictadura del pueblo, personificado en un tribuno duró nueve años, y al retirarse arrebató en pos de sí á la monarquía absoluta, y depositó en la industria inglesa el germen de su poder, el *Acta de navegación*. El rebote de la revolución del 1649 produjo el inmenso resultado de la del 1688.

He aquí por qué nadie se ríe de las ridiculeces de *Hudibras* como de las chanzas de la *Sátira Menipea*. El resultado de las turbulencias del reinado de Carlos I está todavía pesando sobre el mundo, en tanto que las abominaciones de la jornada de *San Bartolomé*, las enormidades de la corrupción de Enrique II

y la ambición de los Guisa, no han dejado mas que el espantoso recuerdo de semejantes abominaciones y enormidades. Un autor que intentara escribir un poema burlesco sobre la revolución de 1789; conseguiría hablar con festivo tono del Terror, ó rebajar la estatura de Bonaparte? Las parodias que subsisten no pueden ser sugeridas sino por asuntos que no han

producido consecuencias, y se parecen á esas caretas modeladas sobre el rostro de un cadáver que ya se ha convertido en polvo, ó sobre el de un sátiro cuyo busto ya no se encuentra en ninguna parte.

No falta quien ha compuesto una lista de los monárquicos que padecieron por causa de Carlos I; su número es considerable y Carlos II lo acabó de aumen-



YOUNG JUNTO AL SEPULCRO DES U HIJA.

tar. Walter, conspirador cobarde en tiempo de la república, poeta adulador de la usurpación afortunada, lograba cuanto queria de la legitimidad restaurada en tanto que Butler se moría de hambre. Las coronas tienen también sus debilidades como los gorros colorados.

Un destino fatal acompaña por donde quiera á las Musas. Valeriano Bolzani compuso un tratado de *litterarum infelicitate*; Israeli ha publicado *the Calamities of authors*; pero ambos están lejos de haber apurado la materia. Solamente en la lista de los poetas ingleses figuran:

Jacobo, rey de Escocia, que despues de diez y ocho años de prisión fue asesinado; *Rivers*, *Surrey* y *Tomás Moro* que llevaron su cabeza al cadalso; *Lovelace* y *Butler* devorados por la pobreza. *Clarendon* murió en Rouen desterrado por Carlos II. La Memoria justificativa de este virtuoso magistrado, cuyos escritos mezclados con los de Falkland dieron el triunfo á la causa realista, fue mandada quemar por mano del verdugo.

Milton, medio proscripto permaneció mucho tiempo ciego antes de bajar á la tumba.

Dryden al fin de sus días se vió en la precisión de

vender á pedazos, si así pudiera decirse, su talento para proporcionarse la subsistencia. «No tengo motivos, decía, de dar gracias á mi estrella por haberme dado por patria la Inglaterra; no le basta sin duda á este siglo el no haber hecho caso de Cowley, y haber visto morir de hambre á Butler.»

Otway posteriormente se ahogó al tragar con demasiada impaciencia el pedazo de pan que arrojaron á su miseria.

¿Qué clase de calamidades no habría sufrido *Savage*, escribiendo en las esquinas de las calles con los pedazos de papel que encontraba en el suelo, muriendo en un calabozo, y dejando su cadáver encomendado á la conmiseración de un carcelero que á sus expensas lo mandó enterrar!

Chatterton después de haber pasado muchos días sin comer, se envenenó.

En el claustro de la catedral de Worcester se ve una lápida sepulcral sin fecha y sin más inscripción que la palabra MISERRIMUS. ¿Será ese el epitafio del número?

FIN DE LOS ESTUARDOS.

Jacobo II después de la muerte de su hermano quiso tentar en favor de la Iglesia Romana lo que ni su mismo padre había podido conseguir en beneficio del episcopado; creíase Jacobo tan dueño de verificar un cambio religioso en el Estado como Enrique VIII, sin advertir que el pueblo inglés había variado mucho desde aquel tiempo y que ni aun cuando hubiera repartido entre sus súbditos todos los bienes del clero anglicano no habría podido conseguir que uno solo abrazara el catolicismo. Su falta más grave fue el haber jurado al recibir la corona lo que no tenía intención de cumplir. La inviolabilidad del juramento no siempre ha salvado los imperios; pero el perjurio los ha arruinado constantemente.

Jacobo, naturalmente cruel, encontró un verdugo á propósito para sus miras. Este hombre fue *Jeffreys* que dió principio á sus ejecuciones á fines del reinado de Carlos II en el proceso en que *Russel* y *Sidney* perdieron la vida. A consecuencia de la invasión de *Monmouth*, siguió *Jeffreys* su carrera mandando ejecutar en el Mediodía de Inglaterra más de doscientas cincuenta personas, y no debe pasarse en silencio que en él se echaba de ver cierto espíritu de justicia, virtud que no siendo tal vez apercibida en un hombre de bien, resalta singularmente cuando se la ve brillar en el carácter de un hombre de perdición.

Hacia ya mucho tiempo que Holanda era el foco de las intrigas de los diversos partidos ingleses: los emisarios de esos partidos se reunían allí bajo la protección de *María*, hija mayor de *Jacobo*, casada con el príncipe de Orange, hombre que no ha inspirado admiración y que sin embargo ha hecho cosas admirables. *Jacobo* nada de semejantes intrigas creía á pesar de los frecuentes avisos que *Luis XIV* le daba en secreto. La escuadra de *Guillermo* se presentó en *Broxholme* y desembarcó trece mil hombres en *Torbay*. Allí con grande admiración de no encontrar proseli-

tos estuvieron detenidos más de diez días los expedicionarios. ¿Qué hizo en tanto *Jacobo*? Nada. Había puesto en pie de guerra un ejército de veinte mil hombres, que por de pronto se habría batido; pero *Jacobo* se abstuvo de ponerlo en movimiento. *Sunderland*, su primer ministro le hacia traición: su yerno, el príncipe *Jorge de Dinamarca*, y hasta su propia hija *María*, y el otro yerno *Guillermo de Orange* lo abandonaban. La soledad empezaba á dominar en torno del monarca que había creído poderse aislar impunemente de la opinión nacional. *Jacobo* pidió consejos al conde de *Bedford*, padre de lord *Russel*, decapitado en el reinado anterior por partidario de *Jacobo*. El anciano contestó: «en otro tiempo tuve un hijo que »habría podido servirlos.»

Jacobo huyó; y en 2 de enero de 1689 desembarcó en *Ambeeteme* como un huésped fatal que vino á enseñar el camino de la proscripción á los hogares en que tuvo que refugiarse. En *San German* se han encontrado los restos mortales de *Jacobo II*. ¿Dónde están las cenizas de *Luis XIV*? ¿Dónde están sus hijos?

Mas ¿qué importa todo eso? lord *Russel* al abrazar por última vez á lady *Russel*, le dijo: «Esta carne cuyo calor sientes ahora, no tardará mucho en estar »helada.» ¿Qué espacio ocupan en el mundo, ni en esta página las generaciones que acabo de indicar? Al regresar en 1800 á Francia iba yo viajando en la diligencia: era de noche, y el carruaje experimentó un ligero estremecimiento que ni siquiera despertó á los pasajeros que dormían. ¿Qué era? Las ruedas del coche acababan de pasar sobre el cuerpo de un miserable que aletargado por el vino se había tendido en mitad de la carretera. Acabábamos de atropellar una vida y las ruedas solo se habían levantado del suelo algunas pulgadas. Los Francos degollaron en Metz una multitud de romanos, sorprendidos en medio de un banquete. Todavía no hace muchos años que los soldados franceses valsaron en el monasterio de *Alcobaza* con la momia de *Inés de Castro*. Desgracias y placeres, crímenes y locuras, catorce siglos os separan, y sin embargo habéis pasado ya tan completamente las unas como las otras! La eternidad que principia en este momento es tan antigua como la que trae su fecha del punto en que ocurrió la primera muerte, el asesinato de *Abel*. Sin embargo los hombres durante nuestra efímera aparición sobre la tierra creemos dejar alguna huella. ¡Huella! ¿A qué insecto le falta la sombra?

Los cuatro Estuardos pasaron en el espacio de ochenta y cuatro años; los seis últimos Borbones que han llevado, ó han debido llevar la corona desde la muerte de *Luis XV* han desaparecido en un período de cincuenta y cuatro años.

En una y otra monarquía un rey ha dejado su cabeza en el cadalso; se han verificado dos restauraciones y han sido mutuamente seguidas del destierro del soberano legítimo: y sin embargo es muy cierto que la Europa, ó más bien el mundo lejos de hallarse en el término final de las revoluciones, principia á entrar en el límite de ellas.

QUINTA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS REYES DE LA CASA DE HANOVER.

TERMINO Y PERFECCIONAMIENTO DE LA LENGUA INGLESA.
—CÓMO MUEREN LOS IDIOMAS.

Al concluir la época de los Estuardos entramos en un período de reposo de ciento cincuenta años du-

rante el cual las Musas tuvieron tiempo de perfeccionar el idioma estacionándose bajo el amparo de la libertad.

Al principiar este *Ensayo* he hablado del origen de la lengua inglesa, y al atravesar rápidamente los si-

glos he procurado que pudieran notarse los cambios sucesivos que en ella se verificaron. Ahora me voy acercando ya al fin de mi trabajo, y es preciso por lo tanto observar el grado de perfección á que llegó aquella lengua, y de qué manera pudo llegar desde el rudo lenguaje de los bardos á la magnífica expresión de los *Pope*, los *Adisson*, *Swift*, *Gray*, *Fielding*, *Walter-Scott* y *Byron*.

En mi concepto el antiguo idioma inglés aventajó en dulzura al moderno. La *th* termina una multitud de palabras y entre ellas la tercera persona del singular del presente de indicativo. Esa letra tomada de los idiomas orientales principió en los tiempos antiguos á pronunciarse entre los griegos á principios de la guerra del Peloponeso cuando *Alcibiades* encantaba á los Atenieses con la graciosa dificultad con que pronunciaba algunas letras. La *th* era una letra compuesta que la delicada *Jonia* parecía regalar al elegante discípulo de *Pericles*. En el abecedario de los griegos modernos figura también con el nombre de *theta*.

Hallándose en fin de diccion esa letra en el antiguo inglés no podía menos de tener un sonido dulce como se pronuncia en las palabras *mouth*, *sooth*, *teeth*, y no áspero como sucede cuando se halla al principio como en *thunder*, *throbbing*, *thousand*. La letra se redoblaba con frecuencia en el antiguo inglés. La *e* que abunda y que disputa el final de las palabras á la *the*, era la *e* muda de los franceses, y contribuía á dulcificar el sonido demasiado agudo. La prueba de que esas letras no eran etimológicas, sino eufónicas está en lo mucho que de condado en condado ó casi de ciudad en ciudad variaba la ortografía en cuanto al sonido. Hasta las palabras variaban en el radio de algunas leguas: un comerciante que se embarcaba en el Támesis saltaba á tierra y pedía huevos (*egges*) á una aldeana: es seguro que esta le contestaría que no entendía el francés. El compañero de aquel comerciante pedía á su vez *ceyren*, huevos y la buena mujer contestaba que lo entendía perfectamente: *thenne the good wyf said that shee understode him well*. De manera que á unas sesenta millas de la ciudad en que *Johnson* componía su diccionario, los huevos se llamaban *ceyren*.

A medida que el inglés cambiaba de pronunciación y de forma, y perdía en sobriedad, se iba enriqueciendo con los tributos del tiempo. El espíritu de un idioma se compone de la religión, de las instituciones públicas, del carácter y de los usos y costumbres de un pueblo. Si este pueblo extiende á lo lejos su dominio, recibe en tal caso incremento de las ideas y sentimientos de los demás países con que está en contacto. Véase por de pronto todo lo que un idioma puede recoger de la duración y variedad de las leyes.

En Inglaterra se profesaba el principio de que una ley nunca puede considerarse como abolida: de manera que la historia de lo pasado permanecía presente en medio de los nuevos sucesos, como una inmortal abuela en medio de sus innumerables hijos y nietos. A principios de este siglo todavía hubo un inglés que arrojó el guante en plena audiencia del tribunal y pidió el combate judicial contra su antagonista.

El derecho tradicional inglés (*common law*) rige á la Inglaterra en general.

En la isla de *Man* siguen los estatutos de los antiguos reyes de ese Estado.

En *Jersey* y *Guernesey* aun están en vigor los reglamentos de *Rollon*. Los procesos de los *Yndous* y *Mogoles* se sustancian en caso de apelación por el tribunal real de Londres y se sentencian con arreglo al código de aquellos países, esto es, el *Purana* y el *Coran*.

En las islas Jónicas rige el código de *Justiniano* juntamente con las decisiones del tribunal del *Almirantazgo*. En el Canadá florecen aun las ordenanzas

de los reyes de Francia como en tiempos de *San Luis*. En la Isla de Francia reina el código *Napoleon*, las leyes de Castilla y Aragón en las colonias anglo-españolas y la ley holandesa en el cabo de Buena Esperanza.

La política, la industria y el comercio han mezclado los nombres particulares de sus diccionarios con los del diccionario general. La tribuna aumentó ese tesoro con los discursos de *Strafford*, *Vanes*, *Bolingbroke*, *Walpole*, los dos *Pitt*, *Burke*, *Fox*, *Sheridan*, *Canning* y *Brougham*. La economía política con las investigaciones de *Adam Smith*, *Malthus*, *Thornton*, *Ricardo* y *Macculloch* enriqueció también por su parte el vocabulario general.

Las colonias que la Inglaterra tiene en las cuatro partes del mundo han multiplicado el número de viajeros: contémplese qué inagotable origen de importación de ideas y de imágenes. Ciento y un comerciantes de Londres en el año 1600 reunían una suma de ochocientos mil francos: he aquí pues, que otra vez vuelven los *Bacos* y los *Alejandros* á ser dueños y conquistadores de la India.

Los ingleses tuvieron gramáticas y diccionarios samaritanos, árabes y siriacos casi antes de tener diccionarios griegos y latinos: de esa manera preludivan el estudio de las lenguas muertas y vivas del Asia, obedeciendo al instinto de su genio, que los impele hácia la pompa de las imágenes y á la independencia de las reglas. *Wilkins*, *Colbrooke*, *Carey* (1), *Masden*, *Morrison*, *Lockert*, *Gladwin*, *Lumsden*, *Gilchrist*, *Hadley* y *William Jones* se han ocupado del estudio del sanscrito, del bengalí vulgar, de la lengua malaya, del persa, del chino y de la lengua común del Indostan. De manera que con leyes que no mueren, y con colonias en las cuatro partes del mundo, el idioma inglés abraza, si así pudiera decirse, el tiempo y el espacio.

En otro tiempo la Francia poseía inmensas regiones ultramarinas que ofrecían asilo al excedente de la población al paso que servían de mercado al comercio, de carrera á las ciencias y de alimento á la marina; hoy se ve reducida á tener que sepultar los criminales que se hallan convictos en prisiones insalubres, por no tener un punto seguro del globo donde depositarlos: la Francia se ve excluida del nuevo universo, donde el género humano principia á recorrer una nueva existencia. Las lenguas inglesa, portuguesa y española sirven para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres en Africa, Asia, Oceanía, islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas, mientras que los franceses deseredados de las conquistas de su genio, apenas oyen hablar en alguna barriada de la Luisiana ó del Canadá bajo una dominación extranjera el idioma de *Colbert* y *Luis XIV* que subsiste allí como un padron de su desgracia y de las faltas de su política.

Mas si la lengua de *Milton* y de *Shakespeare* aumenta sus riquezas con esa difusión del poder también á su vez recibe perjuicios por esa misma circunstancia. Cuando se limitaba á la extensión del suelo patrio, era más individual y tenía más originalidad y energía: hoy en las riberas del Ganges y del río de *San Lorenzo*, en el cabo de Buena Esperanza, en puerto Jackson en la Oceanía, en la isla de Malta en el Mediterráneo y en la Trinidad en el golfo de Méjico, se carga de locuciones que la desnaturalizan. *Pickering* ha compuesto un tratado de las palabras que se hallan en uso en los Estados Unidos y en él puede verse con qué rapidez se altera un idioma bajo un cielo extranjero por la necesidad de suministrar expresiones á una nueva cultura, á una nueva indus-

(1) Hay otro *Carey*, poeta y músico á quien los ingleses atribuyen sin fundamento alguno el himno de *God save the king*.